

El cerebro del adolescente

David Bueno

Barcelona: Editorial Grijalbo (2022)

DOI: <https://doi.org/10.32093/ambits.vi57.50475>

Son numerosas las ocasiones en las que hemos dedicado artículos y colaboraciones en nuestra revista para hablar de la adolescencia. Hemos hablado de las características cambiantes de la personalidad, la conflictividad convivencial dentro de este período evolutivo, las patologías más frecuentes, las dificultades que comporta la tutoría en esta franja de edad, pero este año se ha publicado un libro que nos permite entender esta fase del crecimiento humano desde la óptica biológica.

David Bueno es doctor en biología y ha creado un concepto que condensa ampliamente buena parte de los fines de sus estudios: la neuroeducación. Con el fin de sentar las bases neurobiológicas de los procesos vitales del crecimiento y de los aprendizajes desde los inicios de la infancia, pudo crear la primera cátedra de neuroeducación del mundo, en la Universidad de Barcelona, en 2019.

De la adolescencia se ha hablado durante toda la historia de la humanidad y parece, a veces sorprendente, cómo algunas definiciones que se habían hecho en tiempos de la Grecia clásica aparentan como si hubieran sido redactadas en nuestros días.

Para entrar en una descripción definitoria de la adolescencia, David Bueno establece una comparativa con los procesos metamórficos que desarrollan los insectos para pasar de su edad infantil a la edad adulta. Estos procesos, comunes a numerosas especies animales (insectos, moluscos, crustáceos, anfibios,...) pasan por una transformación relativamente rápida que conlleva un *recableado* de su cerebro. Este cambio no presupone que los adultos olviden sus fases infantiles o larvales, pero su comportamiento pasa a ser el resultado de unos cambios drásticos. Y es aquí donde entra a definir la adolescencia como una etapa vital en la que se dejan atrás los comportamientos y la morfología corporal típicas de la infancia para adquirir los propios de la adultez.

Estos cambios coinciden durante unos años con una compleja coexistencia de factores propios de las dos etapas presentes en la evolución, lo que conlleva la coincidencia disarmónica de conductas infantiles y adultas que van madurando asincrónicamente. Este desorden supone la consolidación imprecisa de algunas de estas conductas, produciéndose una mezcla heterogénea de respuestas infantiles que coinciden con razonamientos o comportamientos adultos, los cuales configuran una forma desajustada de actitudes y posicionamientos relacionales y apariencias inestables en la identidad de la persona adolescente.

El autor toma partido inexcusablemente a favor del inicio genético y neurológico de la etapa adolescente, dándole mucha más importancia a estos factores que a los factores culturales que solemos identificar con ellos. Sería éste un buen factor de debate para contrastar opiniones y tener en cuenta todos los factores que indiscutiblemente pueden estar implicados. Sea como fuere, no se queda encerrado en una sola fuente de información y recoge diversas consideraciones emitidas por diferentes teorías hasta destacar la descripción que hizo de la adolescencia, en 2016, la declaración de los derechos de la infancia que recogió la ONU. En este entorno se identifica la adolescencia como una «parte del curso de la vida» y destaca elementos como el hecho de ser «un período valioso de la infancia como derecho propio (...), un período crítico de transición y una oportunidad para mejorar las opciones vitales». Con estas consideraciones ofrece la aportación de Jean Piaget en la que destinaba a esta etapa evolutiva la oportunidad esencial para la maduración de las capacidades cognitivas.

Por todos es sabido que, en todas las civilizaciones, el comportamiento de las personas adolescentes es una etapa que está cargada de energía no siempre bien contenida, por lo que podemos ver en los individuos de esta edad unas muestras de vitalidad sorprendentes, expresiones imparables de entusiasmo e impulsividad, la manifestación de emociones extremas e indisimuladas, coincidiendo con espacios de agotamiento e inhibición. Todo ello comporta una realidad visiblemente bipolar en la que los contrastes son sobre todo impredecibles y las expectativas del adulto suelen caer en marcadas imprecisiones.

Todo este conjunto de imprecisiones y conductas confrontadas esconden inexorablemente la búsqueda de la propia identidad, la construcción, cada vez más sólida, del propio yo y la consolidación de la propia personalidad que pasará a ser el elemento esencial de la persona adulta.

Y dentro de este desarrollo ocupa un espacio fundamental la maduración sexual, tanto en el ámbito morfológico y anatómico, como identitario, y también en su desarrollo relacional como elemento determinado de la modalidad y tipo de atracción que configurará la identidad de la persona adulta.

El cerebro del adolescente tiene un subtítulo que invita a pensar: «descubre cómo les funciona para entenderlos y acompañarlos». En estas palabras está el concepto más clave de toda la publicación: entenderlos. Y este entendimiento, la comprensión objetiva y pausada, es lo que más hace falta en el entorno educativo o familiar para renovar y desarrollar en la mirada que tenemos hacia las personas que tienen entre los 12 y los 20 años.

El libro contempla detalladamente todos los elementos orgánicos, las áreas del cerebro que varían y se desarrollan y, como destacable calidad narrativa, lo ilustra con las conductas que, a ojos de las personas adultas, cuestan tanto comprender sin haberlo razonado. Así, la influencia de los cambios neuronales en los ritmos de sueño y víspera son muy variables y distan mucha posibilidad de establecer una idea de normalidad, las dificultades para adaptarse a un mundo que no era como se había conocido hasta hace

poco, la osadía a explorar y experimentar sin tener en cuenta los riesgos y las dificultades de saber encontrar los límites del comportamiento.

El último capítulo está dedicado a las personas adultas que no saben o tienen dificultades para recordar que también fueron adolescentes y que, precisamente, fue su adolescencia la que les ha permitido ser las personas que han llegado a ser.

Desde nuestra revista, la lectura de este libro puede considerarse bien recomendable para renovar las ideas y prejuicios que tan a menudo se pueden tener a la hora de valorar esta etapa evolutiva que, por compleja y determinante, deja una huella imborrable en el crecimiento de las personas.

Jaume Forn i Rambla